

EL PRECIO DE SER

Zharic Hernández²⁴

Sobre esta tierra que en momentos no se siente tan mía,
se escuchan muy seguido los llantos,
sobre este camino sin retorno,
dónde a pasos lentos
y conciencias que queman,
las madres entierran a sus hijos,
por causas que desean hacer parecer desconocidas
o en nombre de una guerra que no nos pertenecen.

Tenemos mucho por decir y por hacer.

Ya que en ambos casos mis historias se cruzan,

porque estoy lejos de solo ser una mujer y el no hablar también en masculino,

soy todos y al mismo tiempo nada,

ya qué, aunque lo único que queda de mí sea una sombra,
un último suspiro audible,

nunca seré solo un número más en la lista que alimenta sus cifras.

Porque soy,

soy muy seguramente el nombre que hace poner silencio sobre la mesa.

Ese que un día salió sin ningún tipo de protocolo, mensajes o despedida y nunca regreso.

Ese que pensaron que no haría falta,

que nadie buscaría y se quedaría en el olvido.

Como si de una pequeña piedra que estorba en el camino y se lanza muy lejos para agilizar los pasos, se tratará.

Así mismo, soy

ese rostro que hizo hervir la rabia,

que posicionó las partes

e hizo demostrar que con mi partida no se acaba la lucha.

Soy una madre

de esas que, aunque desconoce y repudia el sentido de la venganza,

sus palabras se hicieron más duras por el hambre de la justicia.

Soy aquella que en medio de la noche

tomo lo poco que le quedaba

y con todo y la rabia se marchó,
esa misma que tiempo después le gritó al mundo lo que le habían hecho

y en ese momento, aunque el llanto cortaba la garganta
no detuvo todo lo que tenía por decir,

sirviendo como faro a muchas más.

Soy de aquellos

que se encontraron en el camino y

que con nada en común más que el coraje

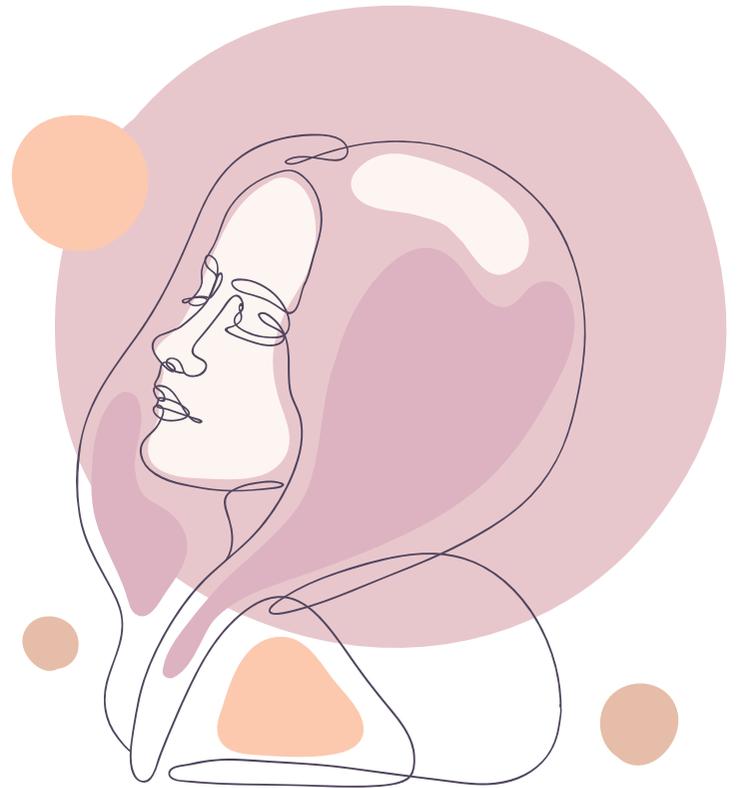
construyen communitas

con un peregrinaje, de esos que te aseguran que

algún día podrás regresar a aquello que llamaste hogar,

pero también, que al hacerlo nada será lo mismo.

Dejando únicamente al incierto,



24 Zharic Hernández. Estudiante de Antropología. Semillerista del Grupo Oraloteca. Universidad del Magdalena.

si ese cambio será favorecedor o,
por el contrario, una nueva tragedia.

Como el de aquella
que en su afán de proteger que
las aguas corrieran libres y
el pasto se mantuviera siempre
verde,

fue perseguida hasta donde esos
pastos

ya se cambiaron por cemento
gris,

convirtiéndose así, el camino a
la obtención de una causa justa,
en una sentencia de muerte.

Como si en una balanza, la vida
de muchos pesará menos que
el bolsillo de unos pocos.

Y estos pocos pudieran arrancarlo
todo,

desarraigándonos de lo que tenemos,

lo que pensamos, lo que sentimos,
lo que somos.

Robando nuestras tierras,
como perfecto colono moderno,
que, en su sevicia por esclavizar,
profana todo lo sagrado,
prohíbe el amor,

destierra la paz,
proclama la muerte.

Encargándose de llenar con su
legado de dolor,

solo miseria y sabores amargos a
los lugares donde,

en aquellos días antes de su llegada,

nos encontrábamos con nuestros

dioses,

Construíamos familias,
veíamos crecer nuestros hijos
y todo lo que representaba la alegría.

Obligándonos de manera a no
ser más que

lo que su fuerte bota camuflada
demandará ser.

Por eso, mi sentencia es permitirme
ser,

ser ella y no solo ella,

ser él, y no solo él,

ser todos, por fuera del todo
homogenizante,

romántico y silenciador,

ser un todo que se permiten ser,
que se escuchan como gritos que
suenan al unísono

para perpetuar las voces,

pero que turnan uno y cada uno
de los relatos,

para que ninguno quede por fuera.

Para no ser más aquel que le dijeron
quién era

o mejor dicho quién debía ser,

Por el color de su piel,

Lo que tenía entre las piernas,

La cantidad de pesos que tuviera
en el bolsillo

Con quién decidía compartir la
cama,

La vida, los sueños, los amores
y hacer participé de los desamores,

dejando con las heridas sobre mi
piel,

el calificativo que quisieron que
se convirtiera en mi identidad,

casi que en mi nombre

Como si la identidad fuera una
cadena que

tira hacia la condena del no pertenecerse

Y ¡sí que lo es!,

cuando no está diseñada para
más,

que facilitarle los caprichos de
los que

desconocen el peso de tu carne

Por qué por ellos fui

El negro, que solo era negro y
como tal esclavo.

El indio que solo era indio y
como tal bruta posesión

El marica que solo era marica y
como tal enfermo árbol torcido
que debe enderezarse

La mujer que solo era mujer y
como tal,

el útero sangrante, el cual cargaba
la responsabilidad,

que está desfachatez, nunca terminará.

Pero, está más que errado,

Somos, porque siempre fuimos

Aunque no nos permitieron
creerlo

Somos más allá de la sospecha,
del temor y la duda.

Existimos, formamos, pertenecemos

Resistimos sin necesidad de la
etiqueta

aún y cuando está otorgue una
nueva■